

EDITORIAL

Ivan y Pablo

Se han ido dos grandes profesores de la Facultad de Medicina de la UPB. Muy amigos entre sí. El doctor Pablo Pérez Upegui, pionero de la siquiatria en Antioquia y el doctor Iván Molina Vélez, profesor excelso, endocrinólogo de alta talla. Ambos, inolvidables profesores y fundamentales en el desarrollo de nuestra Facultad. Tuve oportunidad de estar muy cerca de ellos, inicialmente durante mi formación médica como mis profesores y, más tarde, como compañeros de trabajo docente. Me impresionó siempre en el primero su vasta cultura humanística, lograda a través de su pasión y entrega por leer buena literatura. Del segundo, su formación académica, con derroche de competitividad. Siempre se estaba actualizando en su segundo hogar: la biblioteca.

Con la muerte del Dr. Pablo Pérez vi muy compungido al Dr. Iván Molina, quien, conversando sobre su desaparición, me dijo:

–Mario, Pablo era mi mejor amigo. Voy a ver si escribo algo en la prensa para manifestarle mi aprecio.

Efectivamente, dieciséis días después, apareció, en letras de molde, en El Colombiano de Medellín, su sentida despedida al amigo y compañero.

Hoy, lamentamos la muerte de los dos amigos, amigos entre ellos y entrañables amigos míos.

–Mario..., Mario

–¿Alguien me habla?

–Sí, soy yo, Pablo. Me di cuenta que estabas escribiendo sobre Iván y yo.

De pronto, se hizo presente, aunque intangible, la figura de mi recordado profesor.

–Doctor Pérez, qué bueno verlo, pero ¿cómo es posible?

–No te asustes Mario, desde este mundo intemporal nada es imposible. Continuamos realizando nuestras actividades como guías de nuestros discípulos.

-Todos hemos estado muy tristes en la Facultad por la desaparición suya y la del doctor Iván.

-¡Ah! Iván, mi amigo incondicional. Leí y agradecí mucho su artículo de prensa, se prodigó en alabanzas. Y ahora está conmigo de este lado del umbral. No te imaginas el abrazo que nos dimos cuando lo vi llegar... ¡Nunca me imaginé que estuviera de este lado tan pronto!

-¿Puedo participar de esa conversación? -preguntó una voz familiar-.

Miramos hacia el sitio de origen de esa voz y nos dimos cuenta que ya se dirigía hacia nosotros el profesor Iván Molina.

-Un saludo Pablo, un saludo Mario, y nos abrazamos los tres, afectuosamente.

-Pasaba por aquí y los vi conversando -dijo el Doctor Molina-.

-¿Qué hace por aquí?

-Vengo de la Biblioteca, estaba leyendo el último número de Endocrinology, hay cosas muy interesantes.

-No deja usted de estudiar, profesor.

-Nunca dejaré de hacerlo y menos ahora, cuando ya no me fatigo. En este mundo no existe el cansancio. Muy bueno, porque en los últimos meses del año pasado no era capaz de nada estando en Cuidados Intensivos.

-Qué bueno Doctor Molina -le respondí-.

-De verdad que esos momentos en Cuidados Intensivos fueron muy difíciles y descansé cuando se me fue la vida corporal y pude vagar libre por este mundo etéreo. A propósito -agregó el Dr. Iván- agradecí mucho tu visita de fines de diciembre y jamás olvidaré el beso en la mejilla que me diste, lástima que no pude agradecértelo por esa traqueotomía...pero, mira Mario, ya no tengo nada que mortifique mi cuerpo en esta apariencia incorpórea que he tomado para hacerme presente. No tengo cuerpo.

-Iván -terció el Dr. Pablo- no había tenido oportunidad de darte las gracias por lo que escribiste sobre mí. Quisiera hacer lo mismo contigo, pero no es posible romper esta barrera intemporal para hacerlo, pero te cuento que leí lo que escribió tu hijo Andrés sobre ti y hace énfasis en tus actitudes como padre.

-Pablo -replicó el doctor Molina-, me quedé corto con lo que escribí. No tienes nada que agradecerme, hacerlo era un imperativo moral.

-Mario, te pido un favor -dijo el Doctor Molina- dale las gracias a mi querida esposa y a todos mis hijos sin excepción, por el inmenso cariño que siempre tuvieron conmigo, no ahora en mi lecho de enfermo de los días que precedieron a mi muerte, sino el de toda la vida en la que compartimos nuestro deambular terrenal. Por favor, díles que los quiero

mucho y que no me he ido, que sigo guiándolos y que, aunque ellos no me pueden ver, yo sí puedo hacerlo e, inclusive, aunque no me pueden sentir, los he abrazado y besado uno por uno allá en la casa a donde he ido varias veces a recordar.

–Con mucho gusto doctor Molina, ser portador de buenas nuevas es un privilegio.

El Doctor Pablo tomó la palabra y me hizo una petición similar:

–Te me adelantaste Iván, en el favor que le iba a pedir a Mario. Dile por favor a mi esposa y a mis hijos, que ya no deben preocuparse más por mí, que el dolor que sienten por mi desaparición terrenal no tiene sentido y que ahora me siento más libre. Estaba muy enfermo y casi ciego, pues no podía leer, y todos los demás achaques que en mi casa saben que me imposibilitaban y limitaban. ¡Todo eso ahora no existe! ¡Estoy leyendo a borbotones con ojos renovados y nada me duele!

–Con mucho gusto Dr. Pérez.

–Pablo, la vida definitivamente es un sueño -afirmó Iván-

–Definitivamente -contestó Pablo-.

Diciendo lo anterior y, despidiéndose con sus manos, desaparecieron de la misma manera como, minutos antes, se habían hecho aparentes.

Mario Melguizo Bermúdez
Editor